

Valle-Inclán

obra completa

En esta ocasión la sección “Libro recomendado” adopta otro formato. Creemos que el libro en cuestión lo justifica, pues su contenido es novedad y en rigor no lo es, al mismo tiempo. Pero se trata de un acontecimiento, y creemos que no cabe una sencilla reseña.

Por Santiago Martín Bermúdez

Emoción

Estoy tan emocionado que no sé por dónde empezar.

Empezaré pidiendo disculpas. Los lectores de esta revista se preguntarán qué falta hacía recomendarles las *Obras completas* de Valle-Inclán, que acaban de aparecer por fin, puesto que es un escritor al que ama más o menos toda la profesión. Además, en estos meses hemos tenido ocasión de que nos las recomienden en todos los suplementos culturales de los periódicos.

Y después de esta petición de disculpas, entonaré mi particular aleluya: ¡Por fin!

Por fin se han publicado las auténticas *Obras completas* de Valle-Inclán. En estos meses se ha comentado esta edición con considerable acierto. Se la ha encomiado. Se ha dicho que se la echaba de menos. Se han señalado sus pequeñas carencias (falta esto o lo otro). Por mi parte, puedo asegurarles que llevo años esperando esta promesa. Porque era una promesa. De Espasa-Calpe. Que, por las razones que sean, ha tardado mucho en cumplirse. Y que se ha cumplido. Cuando escribo esto, van tres ediciones y no sé cuántos miles de ejemplares, muchos. Eso le reconcilia a uno con su pueblo, lo mismo que ver el éxito que tienen en los quioscos series como la dedicada a Johann-Sebastian Bach o la colección de la Biblioteca Clásica Gredos. Éxitos que no son de masas, pero sí de suficiente multitud como para que editar libros como éstos no sea disuasorio y hasta procure un beneficio.

Por edad, no tuve demasiada ocasión de llevarme a casa demasiados ejemplares de la

Opera Omnia, pero alguno cayó (ahí leí por primera vez *Tirano Banderas*). Eran libros muy bellos, de un papel que se deshacía con el tiempo (en los libros de nuestros días, como todo el mundo sabe, lo que se deshace es la letra y la página misma). A la *Opera Omnia* habría que añadir las *Obras escogidas* de Aguilar. Y, desde luego, las más que meritorias ediciones limpias —al principio, sin notas ni nada por el estilo— de la Colección Austral. No creo que, después de lo mucho que se ha repasado la edición valleinclanesca de los últimos cien años, tengamos que repetir ese repaso. Creo que esas tres referencias son las fundamentales, las que nos dieron buenas dosis de Valle-Inclán a varias generaciones.

Rescate

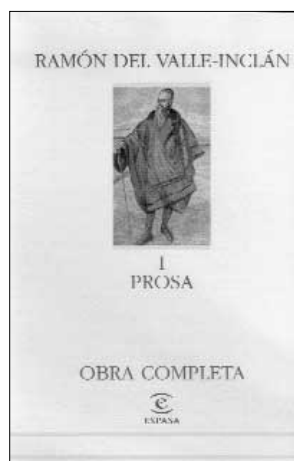
Al reseñar estos dos preciosos libros recuerdo alguno de los pioneros de Valle. En los años 60 se demostraron dos cosas que hoy nos parecen obvias: que no es cierto que la obra teatral de Valle fuera irrepresentable; que la estética madura y tardía de Valle encerraba un compromiso estético, ético y político. A comienzos de aquella década, Valle-Inclán no era el Valle-Inclán de diez años después. Para descubrirlo de veras hicieron falta unos cuantos esfuerzos, que no fueron necesariamente escénicos, aunque sí obra de gentes de la escena. Pienso, por ejemplo, en Ángel Facio. Me atrevo a pensar que monográficos como aquel de Cuadernos Hispanoamericanos a finales de los años 60 no hubieran sido posibles sin el esfuerzo de ese profesor universitario, ese rojeras de marca, ese director de

Ramón del Valle-Inclán.
Obra completa.
2 volúmenes

Volumen I
Prosa

Volumen II
Teatro, Poesía, Varia

Edición:
Espasa-Calpe
Madrid 2002





escena, el fundador de los Goliardos, nuestro querido Ángel Facio. Quiero decir, sin la manera que tuvo Facio de machacar sobre Valle-Inclán durante casi una década. Facio veía en la estética de Valle, acaso antes que nadie, lo que después ha sido moneda corriente. Facio fue alguien fundamental en conseguir que la izquierda se apoderara de Valle-Inclán, el Valle que itineró desde la cara romántica del carlismo hasta la crítica social más acerba. Sin gentes como él, tal vez no sabríamos aún que en esa estética del esperpento hay un muy particular compromiso; no con un partido, sino con un pueblo.

Recuerdo algunos tempraneros en lo que se refiere a Valle. Por ejemplo, José Antonio Gómez Marín, cuyo estilo tuvo una etapa Valle bastante reconocible allá a finales de aquella década; por ejemplo, Juan Antonio Hormigón, que le ha dedicado horas y estudios, que le ha capitaneado simposios, que fue de los que le recuperaron pronto para el teatro. Domingo Miras es en ocasiones “muy Valle”, más por simpatía y empatía que por mimetismo, más por el carácter puramente valleincliniano de determinadas obras suyas (*De San Pascual a San Gil*) que por epigonismo. Y es que, para bien o para mal, no ha habido epígonos de Valle. La ruptura de la guerra, en eso como en tantas cosas, fue traumática, excesiva... y muy, muy duradera.

Esperpento

Es probable que el esperpento surja no sólo de vivir la España horrible de la Restauración. Es posible que se deba también al descubrimiento por parte de Valle de la podredumbre que había detrás de sus ideales juveniles, detrás de esas repetidas carlistadas que se oponían al sistema liberal. Y que la crítica a la corte de los milagros, a los espadones, al liberalismo vago sin contenido democrático y a las siniestras vigencias de los tiempos de Cánovas o Primo de Rivera tenga mucho de transferencia de mandobles, como si dijera “los míos son ridículos; los de ustedes son, además, criminales”. La mórbida corte de Estella (ciudad en la que, a finales del siglo XX, los nuevos carlistas firmaron un pacto inicuo) es un sepulcro blanqueado. La comprensión de la mentira carlista le da a Valle tanta lucidez que gracias a ella puede hacer el gran diagnóstico —esperpéntico— de, por ejemplo, las motivaciones espúreas del golpe de Primo de Rivera (*La hija del capitán*); y

que conste que decimos diagnóstico, no denuncia, porque Valle dibuja enfermedad y deformación —esperpento—, no crónicas de hechos realmente acaecidos: para ello se vale del que fue sonado crimen del capitán Sánchez, lo fabula, lo integra como trama principal de lo que llevará a un golpe de estado. Hay que reírse con la protagonista y su conclusión: “Si no la diña usted, la hubiera diñado la madre patria. De risa me escacho”. Si no hubiera habido un lío que ocultar, no habría habido salvapatrias. Nadie pretende que Primo diera su golpe por esconder uno de sus líos de faldas, ni siquiera Valle. Pero el nivel moral que le otorga al dictadorcillo y al monarca que le apoya es ése. Valle pasa del carlismo (del integrismo, de la extrema derecha estética) a la democracia; que es una manera como otra cualquiera de saltarse el liberalismo y de no transigir con los Borbones.

Ahora bien, el esperpento tiene otras referencias. A medida que pase el tiempo, a ciertas obras de Valle les pasará lo que a numerosos pasajes de James Joyce: que no se entenderán porque las referencias inmediatas se habrán perdido; esto es, porque será otro el subconsciente colectivo. *El Tenorio* está presente en Valle a cada momento, y eso lo puede reconocer hoy día casi cualquiera, a primera lectura. Pero el género chico, ese otro componente esencial, está cada día más lejos. Y sin la zarzuela —no la zarzuela grande, no las *Doña Francisquita* ni las *Katiuska*, sino el género chico, el más costumbrista, el breve, el sainete, el apunte— tal vez no existiría el esperpento. Podría existir otra cosa, que podría o no llamarse así, pero no sería esa deformación de lo costumbrista que es una de las características de obras como las tres de *Martes de Carnaval* o como *Luces de Bohemia*; y algunas más, pero no vamos a discutir ahora si son realmente esperpentos o no piezas tan esperpénticas como *Farsa y licencia de la reina castiza* o *La rosa de papel* o *Águila de blasón*.

Creemos, por otra parte, que el esperpento no se limita en Valle a su literatura dramática. Atención a su narrativa. Comparemos el mundo de las cuatro *Sonatas* —prescindamos de las obras plenamente juveniles— con el ciclo de *La guerra carlista*, que está a mitad de camino entre la idealización de la corte de Estella —*Sonata de invierno*— y el esperpentismo de las novelas de *El ruedo ibérico*. Esa evolución desde el decadentismo

tan de fines del XIX, con sabor francés mórbido, hasta una estética que no tiene parangón, que no se basa en nadie ni en nada anterior, alcanza sus más exigentes y elevadas cotas en esas novelas y en *Tirano Banderas*, esperpento de tierra caliente. Hay que reconocerle a Valle que sale lo mismo de bien parado cuando retrata la chusma aristocrática de días antes de la Gloriosa que cuando se enfrenta a un personaje tan siniestro y sin embargo de altura como Banderas.

En medio, queda el Modernismo, que le debe mucho a Rubén, pero no sólo a este indio, por mucho que fuera el gran maestro. El Modernismo es en nuestro país un movimiento amplísimo, que toca a todos; es un patio o un jardín, no unas filas cohesionadas, y de ese patio surgirán con el tiempo voces broncas que llevarán al enfrentamiento fratricida. Pero eso será más tarde, de momento todos pastan en el prado de Verlaine y otros franceses; y en este prado patrio se dan aventajadísimos discípulos de la musa gala. En el prado podemos distinguir a Valle, el Valle de *Aromas de leyenda*, de *La marquesa Rosalinda*, de *La cabeza del dragón*. El Modernismo le enseña a Valle a desprenderse del preciosismo decadentista y a adherirse a otro preciosismo que “canta” mucho, pero que no es chirriante; y le lleva a versificar con desenfado y con fórmulas antes impensables. Además, el Modernismo le sirve a Valle para preparar las armas formales y vocales del esperpento: “Mi musa moderna/enarca la pierna/se cimbra, se ondula/se comba, se achula/con el ringorango/rítmico del tango/Y recoge la pierna detrás”. Son éstos versos de presentación de *Farsa y licencia de la reina castiza* que, como vemos, se declara moderna (esto es, modernista), pero al leer o escuchar la pieza vemos que aquello es muñequería esperpéntica: “Lucero se precia con toses de guapo/Ríe la comadre feliz y carnal/Y un temblor cachondo le baja del papo/Al anca fondona de yegua real”. Toma ya.

Lenguaje

Pero falta el lenguaje. Y el lenguaje es esencial, es la epifanía del tránsito de Valle. En el principio fue el verbo, un verbo elegante y limitado. Más adelante, el verbo se disparó. No se desbocó, como se le reprochó en algún caso. No se convirtió en fuegos de artificio, como parece desprenderse de la imagen de Valle que quisieron darnos

quienes intentaron hacerlo presentable en la dictadura franquista (como Fernández Almagro). En el verbo está la verdad de los pueblos, para bien y para mal. Pero no sólo el pasado; también puede estar el futuro. Y con el lenguaje fraguó Valle todo un dispositivo antiaéreo para derribar los pajarracos del pasado muerto. Es decir, hizo otra literatura.

Dos citas de *La lámpara maravillosa*:

“Cada lengua contiene el pasado de su gente”.

“El idioma de un pueblo es la lámpara de su karma”.

Y una tercera cita, mucho más amplia:

“Los idiomas son hijos del arado. De los surcos de la siembra vuelan las palabras con gracia de amanecida, como vuelan las alondras. [...] El pensamiento toma su forma en las palabras como el agua en la vasija. Las palabras son en nosotros y viven por el recuerdo con vida entera, cuando pensamos. [...] Toda mudanza sustancial en los idiomas es una mudanza en las conciencias, y el alma colectiva de los pueblos, una creación del verbo más que de la raza. Las palabras imponen normas al pensamiento, lo encadenan, lo guían y le muestran caminos imprevistos, al modo de la rima. Los idiomas nos hacen, y nosotros los deshacemos. [...] En las alas con que volaron cuando eran invasoras se mantienen muchos siglos más maternas lenguas, y declinan de aquel vuelo originario cuando nace una nueva conciencia. El espíritu primitivo —pastoril, guerrero o mitológico— deja de animarlas, nace otro espíritu en ellas y abre círculos distintos. El encontrado batallar del alma humana agranda la cárcel de los idiomas, y a veces su combates son tan recios, que la quiebran. Y a veces los idiomas son tan firmes en sus cercos, que nuestras pobres almas no hallan espacio para abrir las almas, y otras almas elegidas, místicas y sutiles, dado que puedan volar, no pueden expresar su vuelo. Los idiomas nos hacen, y nosotros hemos de deshacerlos. Triste destino el de aquellas razas enterradas en el castillo hermético de sus viejas lenguas, como las momias de las remotas dinastías egipcias en la hueca sonoridad de las Pirámides. Tristes voso-



tros, hijos de la Loba Capitolina en la ribera de tantos mares, si vuestras liras no quebrantan todas las cadenas con que os aprisiona la tradición del Habla”.

Desde luego, de nada de eso deduce Valle una ideología nacionalista, un sentimiento de que el habla sea el alma que diferencia y enaltece naciones y etnias, que aparta a elegidos, que señala privilegiados. No hay nada de Herder ni sus imitadores posteriores, a veces sanguinarios. Para qué va a enaltecer Valle el castellano, si es un idioma que se enaltece a sí mismo. No lo convierte en piedra ni en tierra, sino que lo investiga, lo rebusca, le da un uso amplio y sabio, culto y popular, lo lleva a una estilización en la que el modelo, aún siendo referencia, no dicta esa otra realidad que es el discurso basado en palabras y en oraciones. No, la lógica del discurso recibe estímulos de aquí y de allá, pero no se somete a la realidad. Si el discurso de Valle se basa en ocasiones o a menudo en el sainete costumbrista, el costumbrismo queda trascendido en la estilización, y la estilización no quiere saber nada de la realidad tal como ésta se presenta. Claro que —dirán ustedes— eso le pasa al propio costumbrismo: ¿o acaso Arniches copió a los madrileños? ¿No fue al revés? Y entonces yo tendría que darles a ustedes la razón. Pero, caramba, ahí tienen ustedes a Valle y —sin ánimo de ofender— ahí tienen ustedes a Arniches...

Avatares

Y es que durante años se pretendió ocultar la evolución final de Valle. En parte, con la anuencia de alguno de sus descendientes, que cortó con el franquismo sólo tardíamente¹. No señalemos con el dedo, sin embargo. Que eso no es nada con lo que se vieron obligados a hacer, no creo que siempre de buena gana, los descendientes y cierta nuera de Wagner con las autoridades matarifes del Tercer Reich. En ambos casos, todo por la causa del buen viejo; aunque los Wagner sacaran en limpio mucho más que la prole de don Ramón.

Sabemos que mucha gente de la que rodeaba a Valle cuando murió fue conducida a paredones a partir de aquel ominoso y nefasto verano, el del mismo año en que murió el maestro. Hemos oído en alguna parte que algún preboste franquista pretendió prohibir la obra de Valle. Quién sabe lo que hay de verdad en ello, pero muchos debieron de pensar que muerto el perro se acaba la rabia, que fusilados los amigos del difunto ya nadie podía recordar que había una relación directa entre la crítica brutal de *Luces de bohemia*, la adscripción de Valle al Socorro rojo y el hecho de que muriera en la miseria. La miseria económica; la moral, se la dejaba a otros.

Lo que sí sabemos es que hubo un intento de recuperar a Valle por parte del franquismo, por muy extraño que nos parezca². La puesta en escena de *Divinas palabras* a comienzos de los sesenta marcaba la pauta de lo que se permitía entonces. Algún eclesiástico quiso deducir de esta obra el cristianismo esencial de Valle (no el estético, que creo que es innegable³), cuando es un retrato de la superstición asociada a ciertas pautas cristianas y eclesiales (entre muchas cosas más, claro). Todo esto indicaba al menos una cosa: que los neofranquistas, juntos o por separado, iban a intentar valerse de los auténticos artistas del medio para ver qué pasaba con Valle. Los “fraga”, los “emilioromeros”, esa gente que se consideraba abierta y moderna con respecto a la caverna azul marino o de boina roja, creyó que iconos como el de Valle podría servir más vivo que muerto o escondido. Y permitió que desde teatros oficiales se recuperase a nuestro hombre.

Felizmente, vino Marsillach y, en el mismo centenario de Valle y en un teatro oficial, hizo una espléndida versión de *Águila de blasón*, con ese gatopardo gallego que es Montenegro. Felizmente, llegó José Luis Alonso y, en el mismo teatro, dio un espectáculo triple que fue todo un avance de lo que era la comprensión progresiva de Valle, entonces en proceso (*La cabeza del bautista*, aceptable; *La rosa de papel*, soberbia; *La enamorada del rey*,

¹ Recuerdo que en Los Goliardos recibimos una carta en la que se nos pedía, como a muchos otros grupos, personas e instituciones, que defendiéramos la causa de Valle en un momento en que la censura suprimía un buen montón de texto de *Luces de bohemia*, que por esa razón no se pudo poner en escena. Pero ya estábamos a finales de los 60. La obra se pondría tres años después, gracias a Tamayo, que en este caso pretendió recuperar la garra que había disimulado en su montaje de *Divinas palabras* de unos ocho años antes.

² Otro escritor que murió a comienzos de 1936, pero muy joven, Andrés Carranque de Ríos (1902-1936), era muy estimado por algunos colegas falangistas, como García Serrano. Carranque no vivió la guerra civil; durante la misma le hubiera estado destinado el paseo por parte de los compañeros de García Serrano o, cuando menos (si no le hubieran puesto la garra encima), el exilio.

³ Ya sabemos que hay algún personaje de Valle que no renuncia a su bautismo de cristiano ni por la sonrisa de un cínico griego.

insuperable). Después vinieron muchos más, con momentos estelares como *La Marquesa Rosalinda* de Narros, los dos esperpentos de Manolo Collado (*Hija y Galas*), las *Comedias bárbaras íntegras*, por José Carlos Plaza (en el mismo teatro, siempre en el María Guerrero); o el *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* casi íntegro, a falta de *El embrujado*, por José Luis Gómez, en La Abadía. Menor fortuna estética tuvieron las (al menos dos) intentonas escénicas de la novela *Tirano Banderas*. A mitad de camino, hazañas estimables pero insuficientes de levantar esa maravilla que es *Luces de bohemia*. La recuperación de Valle por la sociedad española fue paralelo al de Lorca. Hoy, ambos están presentes en la cultura española, más allá incluso de lo que esta cultura es capaz de dar de sí. Y en ocasiones, qué pena, como coartada contra la dramaturgia viva. Quién se lo iba a decir a ambos.

Sin biografía

No hay biografía de Valle-Inclán. Claro, que esto es un lugar común. No abundan las biografías de nuestros grandes hombres y mujeres. Los que sienten tentaciones de minimizar la cultura francesa, que se den una vuelta por las librerías de Francia y vean las biografías dedicadas a los personajes grandes, medianos y pequeños de la vida, la literatura, la historia de ese país. Mire después las nuestras, y verá cómo son pocos los grandes del nuestro (no digamos los de menor tamaño, salvo subvención autonómica o local) que tienen una biografía digna de ese nombre, al margen de hagiografías⁴, monografías filológicas o libritos divulgativos: dónde están las biografías de (disculpen el revoltijo) Baroja, Negrín, Juan Ramón, Dato, Durruti, Serrano Súñer, Largo Caballero, Valle-Inclán. Biografías trabajadas e investigadas en fuentes, no recopilación de datos ya existentes en libros anteriores, reforzados, si acaso, con unos cuantos recortes de hemeroteca. Biografías no referidas a un aspecto único del personaje (el político, el literario), sino a toda su vida pública y privada. Eso es lo que echamos de menos más que a menudo, porque es probable que entre nosotros se investigue poco y que ese poco sea muy parcial; porque

no se acumulan las investigaciones de manera que las anteriores apoyen a las siguientes; porque preferimos trabajar en estudios filológicos o juicios tonantes, adhesiones y enfrentamientos, antes que en la sencilla investigación de la vida en cuestión. En el caso de Valle es una lástima, porque hasta hace un par de décadas vivían aún muchas personas que le conocieron. Realmente, tenía razón aquel que dijo que la guerra civil supuso una ruptura de la que no somos conscientes en lo más mínimo. La cultura española quedó aplastada de manera brutal... y esa tradición acultural enlaza ahora con el retroceso de la cultura en todas partes, con el auge en todas partes de la barbarie. ¿Habremos perdido ya para siempre la posibilidad de tener biografías como las que reclamamos?

Perdonen la digresión: berrinches de abuelo Cebolleta.

Ediciones críticas

No sé si es urgente, pero creo que es necesario que se publiquen ediciones críticas de las obras de Valle. Con esto no me refiero a estudio de variantes y fijación de un texto supuestamente final, porque por las costumbre de Valle como realizador de sus propios libros sabemos que eso es demasiado relativo⁵. Lo que hace falta es una edición como la de Alonso Zamora Vicente para *Luces de Bohemia* en Clásicos Castellanos. A eso nos referimos. Pero sabemos que eso, por las razones que sean, no es posible. Es necesario, hay que insistir, aunque sólo sea por esas razones que decíamos antes y que la edición de Zamora Vicente pone de manifiesto: a Valle hay que explicarlo con muchas notas a pie de página, algo que creemos perfectamente compatible con la belleza de su prosa o su dramática o su lírica, con el disfrute de la lectura, porque lo que pedimos es que se nos restituyan claves. Los que amamos las notas a pie de página no estamos dispuestos a que se nos diga que una edición como ésta que comentamos, meritoria y excelente, que por fin hace justicia a tan enorme escritor, sea la ideal, ni mucho menos la definitiva.

Lo mejor es enemigo de lo bueno. Por eso recibimos con calor y entusiasmo estos dos volúmenes con la obra de Valle. Porque

⁴ O ese género contrario que se da ahora, el de la denigración autocomplaciente. En nuestro país está en mantillas, pero quién sabe.

⁵ A menudo Valle "cortaba y pegaba", como diríamos ahora, al dictado de la belleza de la página de un libro que él mismo diseñaba, producía e imprimía; en tales casos no caben criterios filológicos, claro está.



Foto: Gyenes



Izquierda: escena de *La enamorada del rey*. Teatro María Guerrero, 1968. Dirección: José Luis Alonso.

Derecha: escena de *Águila de Blasón*. Teatro María Guerrero, 1966. Dirección: Adolfo Marsillach.



Foto: Gyenes

son lo bueno. No, no había que hacerlos esperar sólo porque esperáramos lo mejor. Quita, quita.

Ya hemos dado la tabarra bastante a los presuntos lectores de esta revista en lo que se refiere a la relación íntima en Valle entre narrativa y teatro, que casi se identifican en las acotaciones, en la didascalia. No vamos a insistir en ello. El primer volumen reúne la prosa narrativa y alguna prosa más, como las relativas rarezas *La media noche* y *En la luz del día* (en ambos casos subtituladas *Visión estelar de un momento de guerra*), testimonios de la gran guerra por parte de ese aliadófilo que fue don Ramón. Puesto que al comienzo de ese volumen primero se explican los criterios de la edición, no vamos a repetirlos aquí; simplemente, recordemos que prosas hasta hace poco difíciles de localizar (*Femeninas*, *Epitalamio*) aparecen aquí, como era de esperar; y otras que eran proyectos, esbozos o apuntes de otras posteriores, aparecen aquí en sus versiones definitivas, dentro de los volúmenes de relatos ⁶.

El volumen segundo contiene no sólo todo el teatro, incluida una pieza rara que desmerece en la comparación con las demás, *El yermo de las almas*; también contiene los tres libros incluidos por Valle en *Claves Líricas* y más de quinientas páginas bajo el título general de *Varia*. Encierran éstos textos que para muchos serán novedades, empezando por este gacetillero

impenitente. Destaquemos de entre los artículos, prólogos, poemas e incluso esbozos dramáticos⁷ de *Varia* las prosas *Una tertulia de antaño* (narración publicada en "El Cuento semanal" en 1909) y *Paúl y Angulo y los asesinos del general Prim*⁸, cinco artículos sobre un tema que le interesaba mucho a don Ramón. También está *Fin de un revolucionario*, que en la colección Austral completaba, a partir de determinada edición, el de *Baza de espadas*, tercera entrega de *El ruedo ibérico*. Todos estos textos, casi siempre periodísticos, enriquecen la imagen de Valle. Algunos de ellos, y muchas cosas más, los publicó Hormigón en su libro *Valle Inclán: Cronología, Escritos dispersos, Epistolario* (Fundación Banco Exterior, 1987). Este libro de Hormigón, por cierto, es de enorme interés y utilidad, y completa con quince años de anticipación los dos volúmenes que ahora nos ocupan.

Un amplísimo glosario de cerca de quinientas páginas destaca en el apéndice del volumen segundo. Se glosan palabras, nombres, personajes, mitos, literaturas, historias y geografías. Se le añaden noticias sobre ediciones de cada título, que añaden relaciones de términos corregidos en esta edición.

Reina el anonimato en cuanto a responsabilidades de esta preciosa edición en dos volúmenes. Pero sus autores son sin duda gentes muy capaces, que en este tipo de bolucas son ya baqueanos. ■

⁶ Algunas de ellas puede encontrarlas el curioso lector en el volumen de Hormigón para la Fundación Banco Exterior que se cita más adelante.

⁷ Por ejemplo, la breve pieza *¿Para cuándo son las reclamaciones diplomáticas?*, incluida en un espectáculo de esperpentos del Centro Dramático Nacional hace cinco o seis años.

⁸ La opinión de Valle-Inclán es contraria a imputar el crimen a Paúl y Angulo. Aunque sesgado, su criterio es lo bastante general como para creer que está en lo cierto, por mucho que en sus motivos haya mucho de antidinástico. En cualquier caso, Valle sí conoció a mucha gente de la época del asesinato que cambió la historia de España; o, mejor dicho, que tal vez impidió que fuera en una dirección menos miserable. Valle lanzó flechas incendiarias de su estilo contra Prim y contra Cánovas. Pero, caramba, don Ramón, no me compare usted...